





1435: SIGHISOARA, TRANSILVANIA

Las pobladas cejas de Vlad Drácula descendieron como si se hubiese desatado una tormenta cuando el doctor le informó que su mujer había dado a luz a una niña. Sus dos hijos anteriores –uno legítimo con su primera esposa, que ya era casi un adulto, y otro bastardo con su amante, nacido el año anterior– eran varones.

A decir verdad, nunca se había imaginado que su semilla podría ser tan débil como para engendrar a una mujer.

Atravesó la puerta e ingresó al minúsculo dormitorio. El intenso hedor a sangre y temor que saturaba el aire del lugar le provocó un gran malestar.

La casa que tenía en la ciudad fortificada de Sighisoara distaba por mucho de la que él realmente merecía. Estaba ubicada cerca la entrada principal, en la sofocante plaza siempre atiborrada de gente, junto a un callejón que emanaba hedor a desechos humanos. Los diez sirvientes con los que contaba eran meramente protocolares y solo le brindaban una posición privilegiada con respecto a los demás habitantes del lugar. Aunque fuera el gobernador militar de Transilvania, en verdad él creía que debía ser el soberano de toda la región de Valaquia.

Tal vez ese era el motivo por el que había sufrido la desgracia de tener una hija. Definitivamente, su honor había recibido una nueva ofensa. Como formaba parte de la Orden del Dragón –que había sido autorizada por el mismísimo Papa–, se suponía que él debía ser el vaivoda, el príncipe de la guerra, pero desgraciadamente, su hermano era quien se sentaba en el trono, mientras que él se limitaba a ser el gobernador de los anglosajones que ocupaban ilegalmente aquellas tierras.

Pero, en breve, les demostraría su honra con el filo de la espada.

Vasilissa estaba echada sobre la cama, empapada de sudor, y no cesaba de lamentarse por los dolores que la aquejaban. Sin lugar a dudas, el débil embrión que se había arraigado en su útero era producto de su propia debilidad. Su estómago se revolvió al verla, Vasilissa no tenía ni el aspecto ni la conducta de una princesa.

La nodriza alzó en brazos a un pequeño monstruo chillón, que tenía el rostro enrojecido. Vlad no había pensado en ningún nombre de mujer. Vasilissa, sin duda, querría elegir alguno que honrara a su familia, pero él no se lo iba a permitir porque detestaba a la nobleza moldava de la que ella provenía, ya que no le había brindado ninguna ventaja política con este matrimonio. Como a su hijo bastardo le había puesto su nombre, haría lo mismo con su hija recién nacida.

“Ladislav”, declaró él. Era la versión femenina de Vlad. Un diminutivo muy pobre. Si Vasilissa quería un nombre fuerte, tendría que engendrar un varón. “Oremos para que sea hermosa así nos sirve de algo”, apenas lo dijo, la bebé gritó más fuerte.

• • • • •

Los pechos reales de Vasilissa eran demasiado importantes como para amamantar. Por eso, una vez que Vlad abandonó la habitación, la nodriza, que estaba cargada de leche por el niño que había tenido, amamantó a la niña con sus pezones vulgares. Mientras la criatura se le aferraba con sorprendente ferocidad, la mujer rezó una plegaria personal. *Que sea fuerte, que sea lista.* Miró a la princesa de quince años, adorable y delicada como las primeras flores de primavera, que ahora yacía marchita y deshecha.

*Y, por favor, que sea fea.*

